



LABORATORY
FRODO BILBO BAGGINS
QUINTO

La Casa Amarilla.

He visitado la casa por tercera vez esta tarde. La primera fui acompañada de Iosu¹ que me iba explicando el proyecto mientras la recorriamos. Ese día no tenía cámara de fotos, así que le pedí prestada la suya para tomar sólo dos: a unas plantas muertas dentro de bolsas de plástico llenas de tierra seca y a la vieja puerta de un cuarto que decía “Laboratorio de Química”. Era el cuarto más alejado de la casa, tan escondido que Iosu lo descubrió ese día conmigo.

A partir de esa primera incursión en la casa me quedé pensando en el espacio del jardín. El generoso jardín que a pesar de estar lleno de basura, seguía creciendo, dando flores y frutos y albergando pequeños animales en medio de ese paraje inimaginado por quienes pasan frente a la fachada de esa casa amarilla, públicamente desahuciada, en la cuadra 3 de San Martín.

¹ Aramburú, junto a Carlos García Montero, nos invitó a finales del 2010 a intervenir una casa a punto de ser demolida en Barranco. De los convocados quedamos: el Colectivo Quebrada, Elisa Mogollón, Catalina Benavides, Lucía Monge, Paulo Novoa,





Días antes había visto “El Espíritu de la Colmena”, de Víctor Erice, por recomendación de un amigo a quien demoré en hacer caso, pero a quien agradecí luego mentalmente pues la película además de ser muy bonita, despertó en mí algunas incógnitas que el encuentro de este jardín revivieron: ¿Cómo se desarrolla hoy la fantasía de niños que crecen en espacios cerrados, pequeños o lejos de áreas que permiten la exploración, como el campo, un jardín interior o un parque de aspecto indómito (tres elementos de difícil acceso en la Lima de hoy)? ¿Qué espacio tiene para crecer la imaginación? ¿Llega a relacionarse con referentes que no vengan de la publicidad o de los medios de comunicación masiva? ¿En dónde pueden fabricar mitologías propias, inventar mundos, guardar secretos? ¿Les interesará hacerlo?

Eliana Otta, Antonella Zumaeta, y el mismo Iosu con colaboración de Horacio Ramos. Su trabajo en: <http://iosuaramburu.blogspot.com/>





En la película española, una niña engaña a su hermana menor acerca de la existencia de un amigo (Frankenstein, a quien acaban de ver en blanco y negro en una proyección de un cine ambulante) en un pozo de una casa abandonada, en medio de la nada. No es necesaria la irrupción de lo fantástico materializado como vemos ahora constantemente, gracias a todo tipo de tecnologías, para sentir la inquietud de la hermana pequeña, su curiosidad y fascinación. Es suficiente el plano de un paisaje árido y el sonido del silencio para imaginar el magnetismo que éste le produce por ser el posible escenario del encuentro con el ser fuera de lo común. Esa extraña sensación de estar en un lugar donde “algo” puede pasar, donde “algo” se esconde o “algo” puede habitar el mismo espacio que nosotros tomamos por cotidiano me recordó a mis juegos de niña en la chacra de San Rafael.





La amplitud y particular densidad de los espacios abiertos, que te hacen mirar dos veces para dilucidar qué es aquello que se mueve o de dónde viene aquel ruido, invitan a inventar y a imaginar, a querer creer en lo que no existe, a querer ver lo que otros nunca verán. A saber que eres el único que lo vio, o que lo imaginó tan vívidamente que no importa no haberlo visto.





A partir de eso empecé a pensar en hacer un video con escenas de películas que tuvieran que ver con niños o púberes absortos en alimentar un mundo propio donde la fantasía se fusionara con la realidad y el contexto. Donde ellos impusieran sus propias reglas, donde una subjetividad que se distingue del mundo adulto floreciera independiente, ensimismada pero apasionadamente. Y preferiblemente donde hubiera escenas con jardines y flores, un requisito incluso lógico considerando el camino largo y lleno de estímulos que uno encuentra si decide seguir al conejo blanco y meterse en el hoyo tras los arbustos. Comenzando por las diferentes versiones de “Alicia en el país de las maravillas”, los jardines en el cine, como extensión del bosque, han servido como el último reducto de lo natural en medio de la civilización: portal y escondite, refugio de quienes se resisten a seguir las convenciones del mundo adulto, necesarias para no alterar el ritmo de las maquinarias que conducen al progreso.





Me entretuve enumerando títulos en mi cabeza, re mirando y descubriendo películas por unos días, hasta que decidí no hacer el video por la poca seguridad del lugar que imposibilitaba dejar permanentemente un proyector ahí, además de que la inauguración sería de día para aprovechar la luz natural de la que goza el espacio lo que anulaba el proyectar en la pared como deseaba. Siguiendo una inclinación natural en mí, quise trabajar con los objetos que había visto tirados al recorrer los ambientes: platos rotos, cds, botellas de ron, fósforos, muchas pastillas, un viejo maletín, trozos de un árbol de navidad de plástico. Estaba indecisa entre inventariar todo y ponerlo ordenadamente para su exhibición en el elegido “Cuarto de Química” o coleccionar ejemplares de muestra de cada planta del jardín. El primer caso no me convencía pues al imaginar el conjunto me resultaba visualmente más el testimonio de una mente perturbada que la vivencia de una casa alguna vez habitada por una familia barranquina.





El segundo, aunque inicialmente me resultó atractivo por las reminiscencias al trabajo de los admirados naturalistas, se me fue revelando como inútil con la presencia ahí mismo, del jardín, cuya contundencia llamaba a ser vivido in situ, sin mayores transformaciones que las ya propuestas por Lucía², en su idea de crear espacios que inviten a observarlo y recorrerlo atentamente.

Las dos ideas me habían atraído en un primer momento porque tenían relación para mí con hábitos de la niñez: el acto de coleccionar elementos encontrados en un espacio visitado, ordenarlos como propios en un rincón escogido, crear con ellos una ambientación ideal para algún ritual inventado, hecho de nimiedades pero tomado muy en serio por sus ejecutores. Imaginaba aludir a ese tipo de juegos, a la cocina con plantas y hojas del jardín, a las tortas de barro que preparaba con mis amiguitas en el Campo de Marte, a la mesa recién hecha con desperdicios encontrados en el patio o en los alrededores del restaurante de mi tía Rosita en La Gramita.

² Monge: <http://www.ceciliagonzalez.org/exposicion-lucia-monge.php>





Decidí buscar información en Internet para darle vueltas a la idea de los juegos de jardín, de las tortas de barro y ver hacia dónde me llevaba ese camino. Además de quienes las añoran al punto de haber creado una cuenta en Facebook para ese tipo de pastelería, mi única y gran sorpresa fue encontrar una noticia reciente que contaba cómo en Haití y partes de África las tortas de barro tenían poco que ver con juegos de niños. Son vendidas por pocos centavos para engañar al estómago por horas en situaciones de hambre extremo, sazonadas con algunas hierbas, hechas con moldes y perfectamente redondas.

En ese momento desaparecieron las ganas de hacer alguna referencia a ellas y al mundo del juego infantil. Es más, la mayoría de mis ideas me parecieron bastante triviales. Sin querer pretender pasarme al terreno de los “grandes problemas de la humanidad” repentinamente pero en todo caso, se fue haciendo más inestable el sitio desde donde estaba mirando la situación y más confusas mis motivaciones.





Casi rendida, me senté a escuchar los ruidos de la casa, esta tarde, en uno de los días más fríos y tristes de diciembre en este que, digan lo que digan, no es verano aún. Con el más desmoralizado de los ánimos, decidí volver a mi interés inicial en las bolsas de plástico llenas de tierra seca y plantas muertas que alguien se resignó a dejar tiradas sin buscarles mejor destino. Traté de imaginar dónde ubicarlas: si en las ventanas como macetas normales, pero infértiles, si en el muro de la fachada como evidencia del fin que se acerca a la casa y a su jardín.

La tierra desparramada de una de las bolsas que decía “Cuida Tu Entorno”, totalmente rota, me hizo sospechar algo que comprobé a continuación. Las bolsas eran imposibles de mover pues el plástico había perdido resistencia y la tierra se había vuelto un bloque seco y pesado. No podía contar con cambiarlas de sitio. Sin esa posibilidad pensé en abrir todas las bolsas y dejar que la tierra chorree llenándolo todo.





Un desierto árido en expansión, como la profecía de una Lima sin agua, crecía en mi cabeza, proyectándome a colocarle, en medio de las plantas muertas, carteles en miniatura de centros comerciales, fachadas de reconocibles edificios, restos de camionetas hammers que sucumbieron a la irremediable desaparición de nuestra ciudad. La obviedad del mensaje me desanimó. Decidí que sólo tenía ganas de escribir. Que podía ser mejor contar todo esto, todo lo que esta casa me ha hecho pensar. A partir de las conversaciones con los demás, como del poema que mandó Vicente³ por mail:

Mi casa muerta

Javier Heraud

I
No derrumben mi casa
vieja, había dicho.
No derrumben mí casa.

Cueto: <http://pintemosnuestramemoria.blogspot.com/>





II

Teníamos nuestra pérgola,
y dos puertas a la calle,
un jardín a la entrada,
pequeño pero grande,
un manzano que yace seco
ahora por el grito
y el cemento.

El durazno y el naranjo
habían muerto anteriormente,
pero teníamos también
(¡cómo olvidarlo!)
un árbol de granadas.

Granadas que salían
de su tronco,
rojas,
verdes,

el árbol se mezclaba
con el muro,
y al lado,
en la calle,
un tronco que
daba moras
cada año,
que llenaba de hojas
en otoño las puertas
de mi casa.





III

No derrumben mi vieja casa,
había dicho,
dejen al menos mis
granadas
y mis moras,
mis manzanas y mis
rejas.

IV

Todo esto contenía
mi pequeño jardín.
Era un pedazo de
tierra custodiado
día y tarde por una
verja,
una reja castaña y alta
que
los niños a la salida
del colegio
saltaban fácilmente,
llevándose las manzanas
y las moras,
las granadas
y las flores.





V

Es cierto, no lo niego,
las paredes se caían
y las puertas no cerraban
totalmente.

Pero mataron mi casa,
mi dormitorio con su
alta ventana mañanera.

Y no quedó nada
del granado,
las moras ya no
ensucian mis zapatos,
del manzano sólo veo
hoy día,
un triste tronco que
llora sus manzanas
y sus niños.

VI

Mi corazón se quedó
con mi casa muerta.

Es difícil rescatar
un poco de alegría,
yo he vivido entre
carros y cemento,
yo he vivido siempre
entre camiones
y oficinas,





yo he vivido entre
ruinas todo el tiempo,
y cambiar un poco
de árbol y de pasto,
una palmera antigua
con columpios,
una granada roja
disparada en la batalla,
una mora caída con un niño,
por un poco
de pintura
y de granizo,
es
cambiar
también algo
de alegría
y de tristeza,
es cambiar también
un poco de mi vida,
es llamar también
un poco aquí a la muerte
(que me acompañaba
todas las tardes
en mi vieja casa,
en mi casa muerta).

De El Viaje (1961)





O a partir del hecho de que la nostalgia parecía ser un tema inevitable, casi omnipresente en la reunión que tuvimos los involucrados en el proyecto y que me había propuesto eludir, a riesgo de sesgar la lectura de cualquier propuesta posible ante la vastedad de su poder en el espectador. Paulo⁴ fue más enfático en su deslinde con el enfoque nostálgico y prefirió señalar la demolición, la destrucción del lugar, como un acto hermoso. Yo no puedo llegar a ese extremo, no podría separar el hecho físico de la demolición del simbólico, del contexto en el que sucede y del conjunto de cambios que acompaña en esta ciudad y más allá de ella. Había estado dándole vueltas al tema últimamente a raíz de unos trabajos míos y mi temor a su mal interpretación o a su reducción a souvenir de tiempos idealizados. Recordando conversaciones con Rita⁵, que veía en ese aspecto una posibilidad rica de comunicación con el espectador, me he ido quedando con la idea de que podía identificarme con la nostalgia mientras tuviera una potencia en relación al futuro.



⁴ Novo: <http://paulonovo.blogspot.com/>

Ponce de León: <http://www.vigiliaycabceo.blogspot.com/>



Mientras implicara el seguimiento a un proceso, el reconocimiento de un antes y un después y de que las cosas no suceden siguiendo un curso natural e inmutable. Para finalmente adherirme a la afirmación de Beatriz Sarlo⁶:

“Frente a la prepotencia de este espacio capturado por el mercado, la nostalgia es un reflejo legítimo, sorpresivo, simpático, quejoso, pero insuficiente. La ciudad se defiende con la acción de gobernantes que no piensen que todas las ideas del mercado son necesariamente buenas”.

Y entonces vuelve la pregunta de cómo hacemos para construir (y ser) ciudadanos capaces de formar y elegir esos gobernantes.

Seguía recordando ese libro mientras miraba alrededor tres gatos y varias orugas que habitan el jardín, además de una cucaracha e innumerables bichos que debían estar pululando y que me hicieron preguntarme por el proceso de demolición de la casa en relación a la vida que queda en ella, ajena a las decisiones de sus dueños y demoledores.

⁶ Beatriz Sarlo. Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura.

Buenos Aires, Siglo XXI Ed. 2001



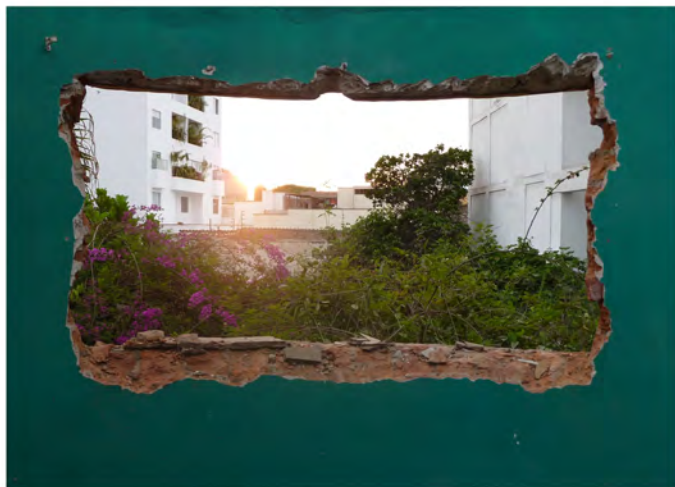


Se me ocurrió entonces un trabajo más conceptual a partir de entrevistar al dueño de la constructora y preguntarle por modos alternativos para que las plantas no mueran y puedan ser trasladadas a zonas con menos verde. Trataba de imaginarme cómo plantear eso en el espacio físico para el día de la inauguración. O si quizá podría motivar una reacción en cadena con instrucciones para que la gente escriba pidiendo el traslado de los árboles, el platanal, la palmera, el árbol de mangos a algún parque vecino. Y acabé recordando el texto de Georg Simmel⁷ que nos contaba Iosu que usaría para su trabajo, donde explica cómo el destino de las ruinas es ser habitadas por la naturaleza, en una especie de venganza creadora. Así como el de Chantal Maillard⁸ que yo le recomendé, acerca de nuestra incomodidad ante las ruinas por su asimetría, por nuestra tradicional necesidad de completitud y la consiguiente reacción de reverencia, sobrecoimiento, distancia, otra vez la palabra, nostalgia.

⁷ Georg Simmel. Sobre la aventura. Ensayos filosóficos. Barcelona, Ed. Península, 1998

⁸ Chantal Maillard. La razón estética. Barcelona: Laertes, 1998





Pero luego su llamado a verlas frontalmente, horizontalmente, aceptándolas como el testimonio de lo que fueron, lo que no pudieron ser ni serán, conectándonos con el infinito en esa conjunción de presente, pasado y futuro.

Y así terminé la tarde, escribiendo esto en mi cabeza mientras tomaba por primera vez fotos con mi cámara nueva en ese lugar. Sin poder evitarlo, a lo que más me gustaba del rededor: un gato negro con manchas blancas y amarillas que se quedó hecho un ovillo mirándome, una vieja escoba que se confundía en las ramas de un árbol, marañas de telas de arañas en el árbol de frutos, alguna hermosa flor destacándose entre las hojas secas. El único instante de sol, poniéndose a lo lejos entre una pared y un tanque de agua, visto a través de la ventana de un cuarto sin techo, que días antes habíamos llamado “el observatorio”.

e.o.v

lima, dic. 2010

